



PASATIEMPO VIII.
TER T U L I A
D E L A A L D E A,

Y MISCELANEA CURIOSA DE SUCESOS
notables, Aventuras divertidas, y Chistes gra-
ciosos, para entretenerse las noches del
Invierno, y del Verano.

SU AUTOR

DON HILARIO SANTOS ALONSO,
residente en esta Corte.

CON LICENCIA.

MADRID: En la Imprenta de D. Manuel Martin, calle de la
Cruz, donde se hallará esta, y otras diferentes. Año 1678.





PASATIEMPO VIII.
TERTULIA
DE LA ALDEA.

Y MISCELANEA CURIOSA DE SUCEOS
notables, Aventuras divertidas, y Chistes gr.
ciosos, para entretenerse las noches del
Invierno, y del Verano.

SU AUTOR
DON HILARIO SANTOS ALONSO

residente en esta Corte.

CON LICENCIA.

MADRID: En la Imprenta de D. Manuel Marin, calle de la
Cava, donde se halla esta, y otras dizenças. Año 1878.

PASATIEMPO VIII.

Parecia Casa de Concejo, ó lugar de Mercado la casa de Anton Terrones á la hora de anoche-
cer; porque como se juntaban en ellas los Tertulios, y eran yá tantos, casi todo el Lugar concurría por gozar de la diversion. Bien es, que no dejaba de haver en otras cocinas su cacho de Tertulia, aunque no con la formalidad que la sobredicha; porque se reducía solo á leer cada noche alguna cosa divertida, ó tal qual Historia de las yá referidas; pues pocos havia en el Lugar, que las huviesen dejado de comprar: con que así, todos pasaban una vida muy gustosa, muy hermanados, sin dar lugar á las enemistades, murmuraciones, y chismes, que por lo comun suelen acontecer en los Lugares cortos, y aun en los grandes, nacido todo de la ociosidad. Los Tertulios que havian sido nombrados la noche antecedente fueron el señor Cura, el Hidalgo Benavides, y un nuevo agregado, llamado el tío Agustin Redondo, hombre gracioso, y muy inteligente en su trato. El señor Cura, que se havia nombrado para la noche presente, abrió la Asambléa con un suceso ejemplar, que sirvió de mucha edificacion, y doctrina á todos los congregados, que fue el siguiente.

Tuvo Doña Isabél, Infanta de Aragon, varios pretendientes por sus bellas prendas de virtud, y prudencia: y entre todos, el que la mereció por esposa fue el Rey Don Dionis de Portugal, en cuyo cariño halló siempre el afecto, y voluntad que sus muchas



partes merecian. No se pueden numerar los grandes progresos de excelencias, y virtudes con que fue asombro á todo Portugal. El gobierno de su casa, la disposicion de su vida, sus continuos ejercicios, sus horas de oracion, sus ayunos, sus limosnas, era menester un libro en que poder mencionarse. Mas con todo eso de ser Rey, y Reyna tan buenos, no faltaron à este vinculo disturbios de sospechas, y zelos, que obscurecieron su amable trato. Tenia la Reyna por Camarero á un Caballero noble, muy mirado, honesto, y dado à buenas costumbres, llamado Carlos. Estando su padre á la muerte, entre otros consejos que le dió, fueron especialmente los siguientes: *Que fuese siempre leal á su Rey, alegrandose de sus dichas, y dolien- dose de sus penas: y sobre todo, que ningun dia dejase de oír Misa.*

Luego que su padre murió le tomó el Rey á su cargo, y él por sí supo agradar tanto, llevando siempre á la vista los consejos de su padre, que de aqui vino à que la Reyna le admitiese por su Camarero, y Dispensero suyo. Sus buenos procedimientos le hicieron tanto lugar, que vino à alzarse en Palacio con titulo de Valido: Todos los despachos, y mercedes de la Reyna corrian por su mano; limosnas, y lo demás todo por su cuenta. Sin el consejo de Carlos no havia de obrarse nada: en fin, era el todo de la santa Reyna, que vivia muy pagada de su justo, y leal proceder. Pero ó felicidades humanas, y qué de tropiezos ocurren á vuestras glorias! En el mismo valimiento, y dicha sembró la envidia su cizaña: cosa muy comun en los Palacios. Tenia el Rey otro Privado, llamado Julio, muy opuesto á las costumbres de Carlos, que á titulo de lisonjero, decidior, y entre-
me-

5
metido , havia granjeado , que el Rey le quisiere mucho. Envidioso , pues , Julio de parecerle , que Carlos privaba mas con la Reyna , que él con el Rey , dió en malquistarse con él , en aborrecerle , y quererle mal.

Era Carlos tan modesto , y tan criado al modo de la santa Reyna , que aunque reparaba en algunas descortesías de Julio , las disimulaba prudente , sin darse por ofendido. De estos disimulos se picaba mas Julio ; porque quisiera que se provocase al duelo , y que riñesen ; porque de esta suerte podia con facilidad echarle de Palacio. Pero no lo consiguió ; porque el ajustado Caballero miraba á su alma , y á no disgustar á la Reyna. Viendo Julio , que por aquel medio nada negociaba , trató de acusar á Carlos de mal entretenido con la Reyna. Parecióle á este malvado prueba bastante sus mal fundadas sospechas de ver la familiaridad con que la Reyna comunicaba con él ; y no era otra cosa , que esta señora , como era tan santa , y piadosa con los pobres , era Carlos , como tan ajustado , su confidente , para averiguar las necesidades , repartir las limosnas , buscar dineros , y empeñar alhajas para socorrerlos ; y el atrevido imaginaba malos tratos estas obras de piedad.

Yá un dia se atrevió á vomitar su veneno , diciendo al Rey con arengas de zeloso de su honra , como la Reyna le era Infel con Carlos su Camarero. Turbóse al oirlo Don Dionis , y no obstante indagó la verdad prudente. Pusose á solas á discurrir consigo la santidad de la Reyna , su honestidad , su virtud , su recogimiento , su penitencia : dabanle voces al alma estas heroycas obras , que la Reyna estaba libre de culpa. La frequentacion de Carlos en su aposento , verlos solos muchas veces coversar secretos , hallar-
los

los á los dos con un semblante , le provocaban á zelos rabiosos : por una parte lo hallaba todo bondad , por otra veía muchos indicios de afrentas. Asi se miraba combatido el buen Rey , hasta que llamando á Julio , le dijo , que le informase de lo que havia visto. Este infame dijo : para que no imagineis , señor , que es alguna fantasía , ó leve sospecha lo que me dió la ocasion , atended , os suplico , á que siempre que la Reyna mi señora estuviere disgustada , le leereis á Carlos en su semblante el disgusto : si la mirais alegre , vereis en él la alegría : y en fin , si la Reyna llora , tambien él llora : esto , pues , y sus visitas secretas , y continuas , qué arguye , sino una suma aficion ? Y así , señor , á mí me toca el advertirlo , y á vos el remediarlo.

Comenzó el Rey á hacer experiencias recatado , y advirtió lo que Julio le havia dicho , que si la Reyna estaba triste , Carlos tambien lo estaba ; y si alegre el uno , alegre tambien el otro ; con que satisfecho , é inconsiderado , empezó á tramar el castigo contra Carlos , pero sin que nadie lo entendiese , por no darlo al público. Una tarde se salió Don Dionis á pasear por las orillas del Tajo : iba melancolico , y pensando traza como castigar á Carlos. Sucedió pasar por unos hornos de cal , que al dia siguiente los havian de poner fuego. Llamó aparte al maestro que los gobernaba , y dijole : Que un criado de camara , que le enviaria allí la mañana siguiente con un papel , al punto que llegase , le lanzase en uno de aquellos hornos ardiendo , de forma que pereciese , que era cosa que importaba á su Real servicio , y que guardase secreto. Ofreciólo así el Artifice , y el Rey con mas desahogo se bolvió á Palacio. A la mañana llamó á Carlos : reci-
bió-

bióle con semblante muy alegre, disimulando su pena; y dandole una carta, mandó la llevase al maestro de las caleras, que era un negocio que le importaba mucho, y que le estimaria su cuidado.

Partió Carlos diligente en un caballo, sin aguardar á que la Reyna se levantase, y sin querer detenerse á su antigua devocion, que era oír Misa lo primero antes de sus negocios. Llegó el buen Carlos á emparejar con la puerta de una Iglesia á tiempo que se tocaba la campanilla, en señal que alzaban á Su Magestad en la Misa, y permitió la Divina Magestad tener su curso á fuerza de aldabadas. O, qué poco pueden engaños para quien tiene de su parte la justicia! Hiriéronle aquellos golpes en el alma, como que le acusaban de indevoto; pues sin haver aquel dia adorado al Rey del Cielo, ni cumplido con su santa devocion, iba á dar gusto al Rey de la tierra. Recabó tanto en este pensamiento, que sin aguardar á mas violencias, se apeó del caballo, y atandole allí á un poste, se entró á oír aquella Misa. Antes de acabada, salió otra, y al acabarse ésta salió otra tercera: oyólas todas tres, porque tenia por costumbre no salir de la Iglesia con Misa comenzada.

En este espacio de tiempo obró Dios sus maravillas: que claro está, que ocupacion tan buena havia de acarrear algun prodigio. Estaba el Rey tan ansioso de la muerte de Carlos, que juzgó no tendria sosiego hasta saber, que era cierta. Entró su Camarero Julio á darle los dias: holgóse de verle; y como le trataba como amigo, contóle la traza como havia muerto á Carlos, y como sería aquella hora en que resuelto en cenizas estaria pagando su culpa en la calera. Julio, que solo havia tirado á derribar á su competidor, y á

á quitarse aquel padrastro delante, quedó tan alborozado con la nueva, que al mismo paso que el Rey ardía yá en deseos de si se havria ejecutado aquel castigo, hacíaseles un siglo cada instante: menos larga se le hacia á Carlos cada Misa. Por salir, pues, de aquel cuidado, despachó el Rey á Julio con otra segunda carta, en que solo decia al dueño de la calera, que le enviase razon, si se havia ejecutado el negocio que le dijo. Echóse pronto Julio al recado: llegó á los hornos de cal: dió el papel para quien iba; y como no parecia mas que seña de lo que el Rey le havia dicho, y juzgase ser aquel el hombre á quien el Rey mandaba matar, sin escucharle razones, escusas, ni plegarias, le ataron de pies, y manos, y lanzandole en el horno, pagó á juicios del Cielo su maldad, y su traycion: que quien infama inocencias, en el lazo mismo con que procuraba acabarles, es bien que deje la vida.

Llegó Carlos despues, bien ignorante de lo que pasaba (que mientras se oye una Misa libra Dios á las veces de la muerte á quien la oye) dióle al maestro la carta, que era del tenor que la otra; y asi le dió por respuesta, que le dijese al Rey, que yá estaba bien servido, y cumplido su mandato. Bolvió Carlos á Palacio con esta razon: entró donde estaba el Rey, que en verle quedó pasmado, y confuso, que como le juzgaba yá muerto, y Julio no bolvia, casi adivinó yá el trueque. Entre turbacion, y enojo, le preguntó, cómo, y dónde havia ido? Carlos satisfizo á todo, dando las señas del lugar, y la persona adonde le havia enviado. Hizole cargo de la tardanza, á que satisfizo humilde, diciendo: Yo, Rey, y Señor mio, por ser uno de los preceptos que me encargó mi padre,

9
dre, estando para morir, he observado siempre el oír Misa cada dia: hoy solamente, pues, por ir á obedeceros con presteza, quebré con mi devoción; pero al pasar por un Templo, oí, que una campanilla hacia señal como alzaban al Señor, y llevado de mi afecto, me hallé tan embarazado, y tan impedido de pasar adelante, que me fue forzoso entrar primero á oír Misa: confieso, que me detuve á oír tres; porque no acostumbro, si hay Misa comenzada, salirme de la Iglesia. Si por esta tardanza he errado en el despacho, dadme el castigo que pareciere justo.

Mientras Carlos informaba, yá el Rey con toda prisa havia despachado terceros á que buscasen á Julio, y le trajesen al maestro de las caleras, para ver lo que havia obrado. Nunca él hizo mejor obra que castigar á un traydor. Venido á su presencia, mostróle la carta que havia llevado Julio, al qual dijo, que en conformidad de lo que la tarde antes le dejó advertido, le havia yá sepultado entre las llamas. Coligió el prudente Rey de lo uno, y de lo otro haver sido aquel castigo justo juicio de Dios; como Julio havia sido el falso, y Carlos el inocente; su esposa santa, y honesta, y él engañado. Y por no dejar escrupulo en su sospecha, dijo á Carlos aparte, qué causa le movia á hacer extremos de dolor, ó de placer quando la Reyna su esposa lloraba, ó estaba alegre, porque le havia sido de cuidado, y á él pudiera haverle costado la vida? Satisfizo Carlos (adivinando yá el riesgo de que le havia librado la detencion de las Misas) que le aconsejó su padre, que á la Persona Real á quien sirviese, le fuese siempre tan fiel, que se alegrase,

B

CO-

como propios, de sus gozos, y plácères, y llorase como tales sus pesares, y disgustos; que esto solo le movia à fuerza de su lealtad, y de ser obediente à consejos de su padre.

Deshizo el Rey sus nublados à la luz de la inocencia: honró à Carlos con mucha estima, y reputacion: conoció asimismo en el desengaño la santidad de su esposa: fuele à buscar al punto, y hallandola en oracion, la pidió perdon de todo, y con honestos abrazos remató sus pesadumbres, dejó todos sus recelos, borró todas sus sospechas, trocó en nueva voluntad los pasados disgustos, en caricias los desvíos, y en ternuras los desayres. Tuvo en ella à Don Alonso, que sucedió en la Corona, además de Doña Constanza, que casó con el Rey Don Fernando Quarto de Castilla. Estimó de allí adelante la prudencia, y valor con que la santa Reyna le havia sufrido sus zelos, y desazones; pues nunca se oyó en su boca palabra desabrida contra quien amaba dueño. Estos favores hace Dios à quienes le son fieles, y devotos, y estos riesgos, y peligros impide una Misa oida con devocion.

Concluyó el señor Cura este suceso maravilloso, que dejó à todos admirados, y edificados, sacando de él mucha utilidad para sus almas, y devocion bastante al Santo Sacrificio de la Misa; y el Hidalgo Benavides se ofreció à proseguir la Historia, y aventuras de Don Quijote, para alegrar à los Tertulios con sus disparates, y locuras.

Muy ufano caminaba Don Quijote, despues del suceso del Barbero con su vacía en la cabeza, siendo en su loca imaginacion el Yelmo de Mambrino, quando vió, que por el camino que llevaban venian
has-

hasta doce hombres á pie , ensartados como quentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas en las manos. Venian asimismo con ellos dos hombres de á caballo, y dos de á pie : los de á caballo con sus escopetas, y los de á pie con dardos, y espadas ; y asi como Sancho Panza los vió dijo : Esta es cadena de Galeotes , gente forzada del Rey , que va á las Galeras. Cómo gente forzada ? preguntó Don Quijote. Es posible , que el Rey haga fuerza á ninguna gente ? No digo eso , respondió Sancho , sino que es gente , que por sus delitos va condenada á servir al Rey en las Galeras de por fuerza. En resolución , replicó Don Quijote , como quiera que ello sea , esta gente , aunque los llevan , van por fuerza , y no de voluntad ? Asi es , dijo Sancho. Pues de esa manera , dijo su amo , aqui encaja la ejecucion de mi oficio , deshacer fuerzas , socorrer , y favorecer á los miserables. Advierta vuestra merced , que la Justicia , que es el mismo Rey , dijo Sancho , no hace fuerza , ni agravio á semejante gente , sino que los castiga en pena de sus delitos.

Llegò en esto la cadena de los Galeotes , y Don Quijote con muy corteses razones pidió á los que iban en su guarda , fuesen servidos de informarle de las causas , por qué llevaban á aquella gente de aquella manera ? Una de las Guardas de á caballo respondió , que eran Galeotes , gente de Su Magestad , que iba á Galeras , y que no havia mas que decir , ni él tenia mas que saber. Con todo eso , replicó Don Quijote , querria saber de cada uno de ellos la causa de su desgracia. Pues

Vm. dijo uno de los Guardas, llegue, y preguntesele á ellos mismos. Llegóse Don Quijote, y fue examinando á cada uno de ellos de sus causas: y yá bien informado, dijo: De todo quanto me haveis dicho, hermanos carisimos, he sacado en limpio, que aunque os han castigado yá con azotes por vuestras culpas, las penas que vais á padecer no os dan mucho gusto, y que vais á ellas de muy mala gana: por tanto me determino á mostrar con vosotros el efecto para que el Cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la Orden de Caballería, y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos, y opresos de los mayores.

Quiso llevarlo primero por cortesía, y llegando á los Guardas, dijoles Don Quijote: Pareceme, señores míos, duro caso hacer esclavos á los que Dios, y Naturaleza hizo libres: estos pobres no han cometido nada contra vosotros; allá se lo haya cada uno con su pecado. Dios hay en el Cielo, que no se descuida de castigar al malo, y de premiar al bueno; y no es bien, que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yendoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre, porque tenga, si lo cumplís, algo que agradeceros, que es el que los solteis, y deis por libres; y quando de agrado no lo hagais, esta lanza, y esta espada, con el valor de mi brazo, harán que lo hagais por fuerza. Donosa majadería, respondió el Comisario: bueno está el donayre con que ha sa salido al cabo de rato: los forzados del Rey quiere que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, ó él la tu-

viera para mandarnoslo. Vayase vuestra merced, señor, muy norabuena su camino adelante, y enderecese ese bacín que trae en la cabeza, y no ande buscando tres pies al gato.

Vos sois el gato, y el rato, y el bellaco; respondió Don Quijote; y diciendo, y haciendo, arremetió con él tan presto, que sin que tuviese lugar de ponerse en defensa, dió con él en el suelo mal herido de una lanzada. Las demás guardas quedaron atonitas, y suspensas del no esperado acontecimiento: pero bolviendo sobre sí, echaron mano á sus espadas, y dardos, arremetiendo á Don Quijote, que con mucho sosiego los aguardaba, y sin duda lo pasára mal, si los Galeotes, viendo la ocasion que se les ofrecia de alcanzar libertad, no la procuráran, procurando romper la cadena donde venian ensartados. Fue la rebuelta de manera, que las guardas, yá por acudir á los Galeotes, que se desataban, yá por acometer á Don Quijote, que los acometia, no hicieron cosa que fuese de provecho. Ayudó Sancho por su parte á la soltura de uno de los Galeotes mas afamados, llamado Ginés de Pasamonte, ó Ginesillo de Parapillo, que fue el que primero saltó en la campaña libre, y era el que mas amarrado venia, por ser el mas bellaco, y atróz de todos; y arremetiendo al Comisario caído, le quitó la espada, y la escopeta, con la qual apuntando á el uno, y señalando á el otro, sin disparar jamás, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo á la multitud de piedras que sobre ellos cargaba.

A vista de esto, Sancho dijo á su amo, que se
re-

retirasen , porque los que iban huyendo darian noticia á la Santa Hermandad , la qual á campana tañida saldrían á buscar á los delinquentes. Esto se lo rogó con muchas súplicas , á lo qual dijo Don Quijote : Bien está eso ; pero yo sé lo que ahora conviene que se haga : y llamando á todos los Galeotes , les dijo : De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben ; y uno de los pecados que mas á Dios ofende , es la ingratitud. Digolo , porque yá haveis visto , señores , con manifiesta experiencia el que de mí haveis recibido : en pago del qual querría , y es mi voluntad , que cargados de esa cadena , que quité de vuestros cuellos , luego os pongáis en camino para el Toboso , y alli os presentéis ante la señora Dulcinéa del Toboso , y la digáis , que su Caballero de la Triste Figura se la envia á encomendar , y la conteis punto por punto esta famosa aventura ; y hecho esto , os podreis ir donde quisieredeis.

Respondió por todos Ginesillo , y dijo : Lo que vuestra merced nos manda , señor , y libertador nuestro , es imposible de toda imposibilidad cumplirlo , porque no podemos ir juntos por los caminos , sino solos , y divididos , procurando meterse en las entrañas de la tierra , por no ser hallados de la Santa Hermandad , que sin duda saldrá en nuestra busca : lo que vuestra merced puede hacer , y es justo que haga , es mudar ese servicio de la señora Dulcinéa del Toboso en alguna cantidad de Aves Marias , y Credos , que nosotros diremos por la intencion de vuestra merced , y esta es cosa que se podrá cumplir de noche , y de dia , huyendo , ó reposando ; pero pensar , que he-
mos

mos de bolver ahora á las ollas de Egypto, esto es, á tomar nuestra cadena, y ponernos en camino del Toboso, es pensar, que es ahora de noche, que no son sino las diez del dia, y es como pedir peras al olmo.

Pues voto á tal, dijo Don Quijote (yá puesto en colera) Don hijo de la puta, Don Ginesillo de Parapillo, ó como os llamais, que haveis de ir vos solo rabo entre piernas con toda la cadena acuestas. Ginesillo, que no era nada bien sufrido, estando yá enterado, que Don Quijote no era muy cuerdo (pues tal disparate acababa de ejecutar) viendose tratar de aquella manera, hizo del ojo á los compañeros, y apartandose con ellos, comenzaron á llover tantas piedras sobre Don Quijote, que no se daba manos á cubrirse con la rodela, y el pobre Rocinante no hacia mas caso de la espuela, que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendia de la nube, y pedrisco, que sobre entrambos llovía. No se pudo escudar tan bien Don Quijote, que no le acertasen no sé quantos guijarros en el cuerpo, con tanta fuerza, que dieron con él en el suelo, y apenas hubo caído, quando fue sobre él uno de ellos, y le quitó la vacía de la cabeza, y dióle con ella tres, ó quatro golpes en las espaldas, y otros tantos en la tierra, con que la hizo pedazos. Quitaronle una ropilla que traía sobre las armas; á Sancho le quitaron el gaban, y dejandole en pelota, repartieron entre sí los demás despojos de la batalla, con que se fueron cada uno por su parte, con mas cuidado de escaparse de la Santa Hermandad, que ir á el Toboso.

So-

Solos quedaron jumento , Rocinante , Sancho , y Don Quijote. El jumento cabizbajo , y pensativo. Rocinante tendido junto á su amo , que tambien vino al suelo de otra pedrada. Sancho en pelota , y temeroso de la Santa Hermandad. Don Quijote mohinisimo de verse tan mal parado por los mismos á quien tanto bien havia hecho.

Bolvió Sancho á instar á su amo huyesen de la Santa Hermandad , y Don Quijote le dijo : Naturalmente eres cobarde Sancho ; pero porque no digas , que soy contumáz , vamos , y jamás digas , que yo me retiré de este peligro de miedo , sino por complacer á tus ruegos. Subió Don Quijote sobre Rocinante , y Sancho sobre su asno , y se entraron por una parte de Sierramorena , que guió Sancho á esconderse en aquellas asperezas entre dos peñas , y muchos alcornoques ; y la suerte ordenó , que Ginés de Pasamonte , Hevado del miedo de la Santa Hermandad , acordó de esconderse entre aquellas motañas en la misma parte donde havian ido á parar Don Quijote , y Sancho Panza. Conocióles aquel bellaco , dejólos dormir , y acordó hurtar el asno á Sancho Panza , y marchó á amanecer bien lejos de alli. Despertó Sancho á la mañana , y viendose sin el jumento , comenzó á hacer el mas triste , y doloroso llanto del mundo , y fue de manera , que Don Quijote despertó á las voces , y oyó , que en ellas decía : O hijo de mis entrañas , nacido en mi casa , brinco de mis hijos , y regalo de mi muger , envidia de mis vecinos , alivio de mis cargas , y finalmente , sustentador de la mitad de mi persona , porque con veinte y seis maravedis que ganaba cada dia mediaba yo mi despensa!

Don

Don Quijote , que vió el llanto , y supo la causa , consoló á Sancho con las mejores razones que pudo , y le rogó , que tuviese paciencia , prometiendole de darle una cedula de cambio , para que le diesen tres en su casa de cinco que havia dejado en ella. Consolòse Sancho con esto , y limpió sus lagrimas , y agradeciò á Don Quijote la merced que le hacia , el qual , como entró por aquellas montañas , se le alegró el corazon , pareciendole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Pero yá metido entre aquellas asperezas , mudó de rumbo , queriendo imitar al Caballero Amadis de Gaula en la gran penitencia que hizo en la peña pobre , mudando su nombre en el de Beltenebros , quando se retiró desdeñado de la señora Oriana á hacer dicha penitencia. Pusolo en práctica Don Quijote , y llegando á un lugar que á él le parecia a proposito , allí empezó á desarmarse , y quitar , y romper sus vestidos , echandose por los suelos , dandose de calabazadas , y otros desatinos , y locuras , con que queria cumplir su penitencia imaginada.

Asi prosiguió Don Quijote con estos disparates por su Dama Doña Dulcinéa , y quiso viese parte de ellos Sancho , para que se los refriese boca á boca , porque determinaba enviarle al Toboso , y la hiciese relacion individual de lo que quedaba haciendo su enamorado por su amor. Yá estaba impaciente Sancho por marchar , y pedia á su amo le diese la carta que havia de llevar á Doña Dulcinéa , y la libranza de los pollinos que Don Quijote le havia mandado. Hallaronse con la dificultad de no tener alli tinta , ni papel ; pero vino

sele á la memoria á Don Quijote , que tenia en su poder un libro de memoria , en el qual escribió la carta , mandando á Sancho , que la trasladase de buena letra en el primer lugar á un Maestro de niños. Sancho reparó sobre la firma , así de la carta , como de la libranza. A que respondió D. Quijote : la libranza irá firmada en el libro de memoria , que en viendola mi sobrina , no pondrá dificultad en cumplirla , y en lo que toca á la carta de amores , pondrás por firma : Vuestro hasta la muerte , *El Caballero de la Triste Figura* ; porque aunque vaya de mano agena , Dulcinéa no sabe leer , ni escribir , ni en toda su vida ha visto letra mia ; y nuestros amores no han pasado jamás de un honesto mirar. Tal es el recato , y encerramiento , con que sus padres Lorenzo Corchuelo , y su madre Aldonza Nogales la han criado.

Ta , ta , dijo Sancho , que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinéa del Toboso , llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo ? Esa es , dijo Don Quijote , y es la que merece ser señora de todo el Universo. Bien la conozco , dijo Sancho , y sé decir , que tira tan bien una barra como el mas esforzado zagal de todo el Pueblo. Vive el dador , que es moza de chapa , hecha , y derecha , y de pelo en pecho , y que puede sacar la barba del lodo á qualquier Caballero Andante. O hi de puta , qué rejo que tiene , y qué voz tan gruesa ! Ahora digo , señor Caballero de la Triste Figura , que no solamente puede , y debe vuestra merced hacer locuras por ella , sino que con justo titulo puede desesperarse , y ahorcarse , que nadie havrà que lo sepa , que no diga que hizo de-
ma-

masiado de bien, puesto que se le lleve el diablo. Esto, y otras muchas cosas dijo Sancho muy semejantes de Doña Dulcinéa, pintando lo basto, y tosco de la Dama, à que respondió Don Quijote: Yà he dicho antes de ahora muchas veces Sancho, que eres muy grande hablador, y que aunque de ingenio voto, muchas veces despuntas de agudo: dijole aun mas que esto; y Sancho por atajarle, le pidió la carta para mudarse.

D. Quijote sacó su libro de memoria, y retirándose à una parte, comenzó à escribirla, y acabada, llamó à Sancho, y se la leyó, que decia de esta manera.

CARTA DE DON QUIJOTE A DULCINEA DEL TOBOSO.

SOBERANA, Y ALTA SEÑORA.

El ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazon, dulcissima Dulcinéa del Toboso, se envia la salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento? Maguer, que yo sea afáz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que ademas de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen Escudero, Sancho, te dará entera relacion, ó bella ingrata, amada enemiga mia, del modo que por tu causa quedo. Si gustáres de acorrerme, tuyo soy; y si no, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida havré satisfecho à tu crueldad, y à mi deseo.

Tuyo hasta la muerte,

El Caballero de la Triste Figura.

C 2

Por

Por vida de mi padre, dijo Sancho, en oyendo la carta, que es la mas alta cosa que jamas he oido: pese à mí, y cómo que le dice vuestra merced ahí todo quanto quiere; y qué bien que encaja en la firma El Caballero de la Triste Figura! Digo de verdad, que es vuestra merced el mismo diablo, y que no hay cosa que no sepa. Todo es menester, respondió Don Quijote, para el oficio que yo traygo. Ea pues, dijo Sancho, ponga vuestra merced en esotra buelta la cedula, y firmela con mucha claridad, porque la conozca en viendola su sobrina, y me entregue los pollinos. Que me place, dijo Don Quijote; y haviendola escrito, se la leyó, que decia así.

Mandarà vuestra merced por esta primera de pollinos, señora sobrina, dar à Sancho Panza, mi Escudero, tres de los cinco que dejé en casa, y están à cargo de vuestra merced: los quales tres pollinos se los mando librar, y pagar por otros tantos aqui recibidos de contado, que con ésta, y con su carta de pago serán bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra-morena à 22. de Agosto de este presente año.

Buena està, dijo Sancho. Firmela vuestra merced. No es menester firmarla, dijo Don Quijote, sino solamente poner mi rubrica, que es lo mismo que firma, y para tres asnos, y aun para trescientos fuera bastante. Yo me confio de vuestra merced, respondió Sancho, dejeme ir à ensillar à Rocinante, y aparejese vuestra merced à echarme su bendicion, que luego pienso partirme, sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer, que yo diré, que le ví hacer tantas, que no quiera mas. Por lo menos quiero, Sancho, y
por-

porque es menester así, quiero, digo, que me veas en cueros, y hacer una, ú dos docenas de locuras, que las haré en menos de media hora; porque haviendolas tu visto por tus ojos, puedas jurar á tu salvo en las demás que quisieres añadir. Por amor de Dios, señor mio, que no vea yo en cueros á vuestra merced, que me dará mucha lastima, y no podré dejar de llorar. Hagalas vestido breves, y las que le vinieren mas á cuento, que deseo bolver quanto antes con las nuevas que vuestra merced desea, y merece; y si no, aparejese la señora Dulcinéa, que si no responde como es razon, voto hago solemne á quien puedo, que le tengo de sacar la buena respuesta del estomago á coces, y bofetones; porque dónde se ha de sufrir, que un Caballero Andante, tan famoso como vuestra merced, se buelva loco, sin qué, ni para qué, por una? . . . No me lo haga decir la señora; porque por Dios que despotriquee, y lo eche todo á doce, aunque nunca se venda. Bonico soy yo para eso: mal me conoce; pues á fé, que si me conociese. . . .

A fé Sancho, dijo Don Quijote, que á lo que parece, que no estás tu mas cuerdo que yo. No estoy tan loco, respondió Sancho; mas estoy mas colerico: pero dejando esto aparte, dejeme montar en Rocinante, que quiero partirme, para bolver quanto antes. Mas Don Quijote le importunaba, porque le viese siquiera hacer dos locuras; y así le dijo: espera, que aunque no sea mas que una, la haré en un Credo; y desnudandose con toda priesa los calzones, quedó en carnes, y en pañales, y luego sin mas ni mas dió dos zapate-
tas.

tas en el ayre , y dos tumbas las cabeza abajo , y los pies en alto , descubriendo cosas , que por no verlas otra vez , bolvió Sancho la rienda á Rocinante , y se dió por contento , y satisfecho de que podia jurar , que su amo quedaba loco : y así , le dejarémos ir su camino hasta la buelta , que fue breve.

Hasta aquí el Hidalgo Benavides , que le huvieran estado oyendo los Tertulios hasta el amanecer , alegres , y gustosos , por escuchar los grandes disparates , y locuras de Don Quijote : pero yá era necesario todo el tiempo que faltaba para entretenerle con los chistes , que verdaderamente los traían aquella noche graciosos , y agudos , y no pocos , que si he decir lo que siento , era una de las diversiones mas gustosas que apetecian los congregados : y así , se empezó á estrenar el nuevo Tertulio , el tio Agustin Redondo , con el siguiente cuento.

Llegaron unos forasteros á la Ciudad de Sevilla deseosos de ver sus muchas especialidades. Lo primero que vieron fue aquella gran torre , llamada la *Giralda*. Estaban pasmados al mirarla , ponderando su hermosura , y magnitud ; pues en verdad es una de las torres mas grandes , y elevadas que se descubren en la Europa. Hallabanse alli inmediatos unos Andaluces oyendo las admiraciones de los forasteros ; y uno de ellos , viendo que tanto aplaudian su grandeza , y hermosura , saltó con este disparate : *Pues sepan ustedes , camaradas mios , que esta Giralda aqui se gizo.* Otro de los forasteros , que no era tan tonto como el Andaluz , sino muy socarron , le dijo muy á lo picaresco : *Qué di-*

Dice usted, esta Giralda tan grande, y hermosa se hizo aqui? Sí señor mio, respondió el Andaluz, aqui se gizo, sin haver ido por ella á otra parte. En verdad, amigo, replicó el forastero, que nosotros veniamos en diverso juicio; pues nos havian dicho que de aqui á pocas leguas se havia fabricado, y traído á el sitio donde está por solos quatro hombres en unas angarillas. Camarada mio, respondió el Andaluz, todo puede ser: y sobre todo, que sea aqui, ó leguamas, ó menos, en este País se gizo; y de esto no duden vuestas mercedes, que el primor de esta gran fabrica, y hermosura estriva en no haver ido por ella á Flandes, ni á Francia, ni á Italia: que los ingenios de Cevilla no necesitan mendigar de nadie para hacer màquinas tan portentosas, y bellas como esa Giralda. Los forasteros se despidieron de los Andaluces cortesmente, deseosos de celebrar, y reir el disparate, ó fanfarronada sandéz de aquel hombre tan agudo, como punta de colchon.

Dió el tio Agustin Redondo lugar á festejar la simpleza del Andaluz, y la socarronada del forastero, y luego contó otro muy agudo, acaecido en Florencia con el gran Duque Alexandro de Medicis, en que con suma agudeza castigó á un mercader de mal trato, y verdad, que fue de esta manera.

Perdió un mercader Florentin una bolsa con cien doblones: puso carteles para el hallazgo, ofreciendo veinte doblones al que la encontrase, y se la trajese. Hallóla un pobre Aldeano, y llevóse-la con sincéra puntualidad al dueño, el qual procedió puercamente, pues por escusarse de la oferta, injurió al miserable, diciendo, que los doblones

nes

nes eran ciento y treinta, y faltandole los treinta, se le debia castigar por ladron. Fue el humilde Aldeano con la queja al gran Duque Alexandro de Medicis; y conociendo el malicioso engaño por la ingenua relacion, llamó al mercader, y repitió lo mismo; y haviendole oido, dijo aquel Principe con el grande, y superior talento de que era adornado: *Pues segun eso, teniendo vuestro bolsillo ciento y treinta doblones, y éste solo ciento, no es el vuestro. Llevadle vos, buen hombre hasta que parezca su dueño; y si acaso hallareis otro con ciento y treinta, traedsele à este tratante, que será el suyo proprio; y en tal caso os cumplirá la oferta de veinte doblones que os prometió.* Con este heroyco hecho castigó este gran Duque la malicia, y engaño de aquel mercader, y el Aldeano sencillo se llevó el bolsillo entero con los cien doblones, en recompensa de las injurias, y baldones que le havia dicho.

Sirvió este ejemplar mucho á los Tertulios para contenerse en los tratos malos, y de mala fé, y proceder siempre veridicamente en todas sus operaciones, no desdeñandose jamás de la sinceridad, y verdad debida á la urbana comunicacion de las gentes; pues la realidad santa en los comercios nunca daña, antes saca con mayor triunfo á los que la profesan, y siguen, por mas que nos parezca ser en perjuicio de nuestras operaciones. A esto siguió el Hídalgo Benavides con otro chiste muy gracioso sobre el refrancito comun: *Echele guindas señor Alcalde*, que fue de esta manera.

Es muy comun en los Lugares cortos las enemistades, y envidias de unos Aldeanos con otros. Hallabanse dos muy opuestos, y encontrados, y
qual

qual à qual se podian hacer el mayor daño. Salió uno de ellos electo por Alcalde del Lugar aquel año , y encontró la ocasion de poderse vengar de su contrario. Entre las cosas que se le propusieron á su malicia fue una de ellas el hacerle causa de latrocinio. Faltabanle á el Alcalde algunos cochinitos de una marrana que le criaba : vivia contiguo á su casa su enemigo , y malició en él no ser otro el ladron , por estar proximos , y ser medianía las tapias de un corral con el otro. Como estaba en la aprehension , que su vecino se los hurtaba , se valió de la traza de llamar á su casa un hijo pequeño de su competidor. Acarióle primeramente , dandole al inocente guindas con abundancia. Entre tanto que le acariciaba le preguntaba : Qué almorzaban sus padres por la mañana ? Y el incauto niño le dijo , *que cochinito*. No quiso saber mas el Alcalde , y pronto pasó à estar con el Escribano para formarle el proceso. El niño se fue á su casa , y llevando aun algunas guindas de las que le dió el Alcalde , le preguntaron sus padres , quién se las havia dado ? A que respondió , que *el tio Borrego* , que asi se llamaba el Alcalde. Dijole asimismo , como le havia preguntado , qué almorzaba por las mañanas , y que le havia dicho , *que cochinito*. El padre le rió mucho , y le amenazó con una zurra si otra vez lo decia. Y que si le llamaba otra vez , y le preguntaba , qué almorzaba , le respondiese , *que cuernos*. Ejeculólo à la letra el inocente parvulo. Llamóle el Alcalde segunda vez , teniendo consigo al Escribano , para que en virtud de lo que el niño respondiese , formase la causa. Empezóle á dar guindas el

D

Al-

Alcalde , y acariciarle como antes ; y al llegarle á preguntar , qué almorzaba por las mañanas , respondia el muchacho : *Cuernos , cuernos*. Hijo , decia el Alcalde ; pues no me dijiste el otro dia , que cochinitillo ? *No señor , sino cuernos , cuernos*. El Alcalde se bolveria á valer del cebo , y le decia : *Toma guindas , hijo mio , toma guindas*. El chico las tomaba , y comia ; y al bolverle á hacer la pregunta : *Qué almuerzan tus padres por la mañana* , respondia : *Cuernos , señor Alcalde , cuernos*. El Escribano , que esto veía , le decia al Alcalde : *Echele guindas , señor Alcalde , al muchacho , echele guindas*. No obstante , el Alcalde porfiaba con sus guindas , por ver si podia reducir al niño á que dijese lo que primeramente le havia dicho : mas el muchacho siempre se estaba en sus trece , diciendo : *Ya le he dicho señor Alcalde , que mi padre almuerza cuernos , come cuernos , merienda cuernos , y cena cuernos*. Y riendolo mucho el Escribano , bolveria á decir : *Echele guindas señor Alcalde : vayale dando , que el muchacho se lo dirá ; pues creo , que le ha de poner antes mas cuernos que guindas le vaya echando*. Asi fue ; porque al muchacho jamás le pudo reducir el Alcalde , que corrido , y enfadado , le despachó mas que de paso á casa de su padre.

A este chiste siguió con otro el tio Agustin Redondo , que poco há havia oido en Madrid. Concurrían en una casa de la Corte varios sujetos , y Damas de Tertulia. Estas por lo comun asistían con sus maridos á pasar las noches divertidos , en que unos baylaban , otros jugaban , y otros conversaban. Los maridos de las Damas eran unos de aquellos que llaman buenos hombres , pa-

cíficos, y nada escrupulosos; mas las Damas muy petimetras, desembueltas, y galantes. Concurría tambien á la Tertulia un Caballero muy cortejante, chistoso, y amigo de sus desembolturas, en que para él no havia otra diversion, que este alegre congreso, pues era mas puntual á él que á la hora del mediodia. Ocurrió haver una funcion de toros en un Lugar de los convecinos de Madrid. Sus amigos mozos le convidaron el dia antes á que fuese en su compañía á la fiesta; pero como él estaba tan embebido en su cortejo de Damas, les respondió: *Camaradas, ustedes vayan á sus toros con su madre de Dios, que para mí no hay mas toros, ni conozco otros toros, que mis amigos Tertulios, ni mas Bacas, que mis Damas, á quienes no puedo faltar esta noche, que me esperan como agua de Abril, y sin mí nada pueden hacer.*

A este chiste ocurrió con otro el tio Agustín Redondo prontamente, sin darles lugar á celebrarle, que fue de esta manera. Hallabase una señorita en visperas de parir. Era primeriza, en que temia por extremo su primer parto. Los dolores eran muy intensos, acongojabase mucho, y por fin, era mucho el desasosiego que traía. Entre las cosas que decia quando mas apretada se veía con los dolores, eran: *Valedme Dios mió Virgen Santísima favorecedme en este peligroso trance, que yo prometo con juramento de no ponerme en mi vida en ocasion de estar preñada, por no verme en semejante lance. Vinola yá el tiempo critico de parir, en que los dolores eran mas fuertes que antes. Exclamaba, y llamaba á su Dios, y á su Madre, con todos sus Santos, y re-*

pitiendo una, y muchas veces la promesa con juramento de no ponerse yá jamás en la ocasion de estar preñada. Mandó á una doncella, que encendiese la velita de Nuestra Señora de Monserrate, muy especial para los felices partos; y haviendo parido con felicidad, dijo pronto á la criada: *Apaga muchacha esa vela, no se gaste en valde, que nos hará falta para otra vez. Guardala con cuidado, donde la podamos hallar con prontitud en otra ocasion: que en verdad, no será una, ni dos, ni tres veces las que la necesitemos.*

El tio Agustin Redondo, que si empezaba á contar cuentos, no havia quien le detuviese, ocurrió con otro muy chistoso. Celebrabanse en la Corte unas grandes bodas de dos Personages los mas distinguidos de ella. Huvo grandes, y celeberrimas funciones, grandes saraos, ostentosos refrescos, y sobre todo, magnificas mesas, donde lo que mas sobresalió fueron los ramilletes; pues los artifices se havian esmerado en hacer cosas estrañas: entre estas, las que mas se llevaron la atencion de los convidados fueron los Retratos de toda la parentela de los novios, fabricados con mucho arte de aquella masa dulce con que se adornan los ramilletes. Estaba entre estas figuras la suegra que havia de ser, ó era de la novia: ésta, despues de ser una gran Dama, era muy chistosa, y decidora. Acabaron de comer, y levantandose todos de las mesas, pasaron á las salas donde estaban puestos los ramilletes, y donde todos van cogiendo lo que mas les agrada de aquellas frutas, y figuras dulces que alli se representan. Llegó la novia muy acompañada de sus esposo, y cortejantes. Ibanla ma-
ni-

nifestando las figuras, y Retratos de sus deudos. Unos la decian: este es vuestro esposo: este vuestro padre: aquel vuestro suegro: la otra vuestra madre: aqui teneis á vuestro hermano: esta que aqui veis es vuestra suegra. Alargó su mano la novia, y cogió el Retrato de su suegra, que era, como hemos dicho, fabricado de aquella masa de azucar, y llegandole á la boca, empezó á hacer gestos con la cara, y á escupir la saliva. Preguntóla uno de los de la comitiva: *Qué havia encontrado en aquel dulce, que tales ascos hacia?* Y con disimulo, y aparte le dijo la chistosa novia: *No decís, que este Retrato de mi suegra está hecho de azucar?* Si por cierto, respondió el cortejante. *Pues en verdad, amigo, que las suegras aun hechas de azucar, amargan.*

Se celebró mucho este chiste con demasiadas risotadas, y alborozos: queria el tio Redondo empujarles otro; pero el señor Cura, que no havia dicho ninguno, le atajó, y le dijo: Bueno está lo hecho tio Agustin, haga lugar á los demás, que tambien queremos divertirnos, y vamos ahora con otro caso, que aunque no tan chistoso como el pasado, á lo menos bien agudo, y gustoso.

Hallabase Gobernador del Perú el Conde de Lemus: querellósele una pobre muger de que un compadre suyo la negaba el valor de seis mil pesos, que le havia entregado en confianza, en joyas de mucho coste, y cerradas en un baulillo, cuyas señas dió. Conoció el Conde por lo desnudo del informe ser cierto lo que aquella muger pedia. Llamó á la parte, y mandóle restituir las prendas. Resistíase con decir, que su comadre havia perdido el juicio, pues nunca le havia dado
tal

30
tal cosa ; y cómo faltaba probanza con que con-
venirle, procuraba el Conde, que le convenciese
el halago, y buenas palabras. No fue bastante lo
hecho para que aquel hombre se diese á la ra-
zon; y ya enfadado el Conde, pues llegó á conce-
bir malicia en aquel infame sugeto, le dijo con mesu-
ra: *Es imposible, que hombre que comete semejante cruel-
dad sea Christiano: y en prueba de esta verdad* (dijo) *mas*
que no trae Rosario? Respondió pronto el acusado:
*Cómo qué no, señor? muchos años há que me acompa-
ña este que vé V. Excelencia.* Sacóle, y le tomó el
Virrey, y al punto mandó cerrar al tal compa-
dre en un quarto solo, sin que nadie le acom-
pañase, ni hablase, y luego despidió un criado,
que fuese á la casa del incluso, y pidiese á la mu-
ger del tal, por señas de aquel Rosario, el bauli-
llo que tenia de tales, y tales marcas, segun la
querellante las havia dado. Logróse felizmente el
intento; porque la muger del acusado, luego que
vió el Rosario de su marido, y las claras, y ma-
nifiestas señas que dió el criado del Conde, no
tuvo razon de dudar en que su marido se le en-
viaba á pedir. Sacóle, y se le entregó. Trajole és-
te á la presencia del Virrey, y registrado, se ha-
llaron las mismas alhajas que la querellante havia
dicho. Entregóselo todo el Conde, con dos mil
ducados mas en que condenó al delincuente, y
en quatro años de presidio, por la mala fé con
que havia obrado. *Conoció el Conde, que el*
Sirvió de mucha edificacion este caso á los Ter-
tulios, afeando la intencion depravada de aquel
mal hombre, robador de los haberes de aquella
buena muger, y celebrando la traza aguda del Con-
de,

de, su justicia, y rectitud para escarmiento de otros: de cuya traza se han valido algunos otros Ministros despues, y han conseguido grandes efectos. Poco restaba ya de la hora asignada á levantar la Tertulia, quando el Hidalgo Benavides se ofreció á contar un cuento de un Gallego bastante gracioso.

Tienen los Padres Dominicos de San Pablo de Valladolid una insigne portada de Iglesia, sobre elevada, y grande, de especial arquitectura, y filigrana. Concurrieron dos miseros Gallegos, de los que pasan á la siega á Castilla, á verla; y estandola mirando, pasmados de tanta magnitud, y hermosura, preguntó el uno á el otro: *Canto te parece, home, que coustaria ista portada?* Respondió el compañero: *Home, sei, que coustaria como cinquenta raes, pouco mas ó menos. Jesus, home!* (exclamó el otro) *Jesus! Sei que tu istás fora de tí. Cinconta raes, home! Dónde vás? Botate raaladas, botate raaladas, home, como si con cinquenta raes no buvera para facer cinquenta portadas como á ista.* El otro, viendose convencido de la ponderacion de su compañero, empezó á bajar el precio que havia asignado, y le bajó primeramente á treinta reales. A lo qual replicó el otro Gallego: *Baisa, baisa ainda mais meu amiguiño.* Bolvió á bajar el precio á quince reales, y bolvió el otro á decirle: *Baisa, baisa meo amigo, non temas, nen te fagas tan fanfarron.* Por ultimo, lo bajó á un real; y entonces dijo el Gallego: *Acabáras de facer bon ajuste home: he con todo, sei que sei, que ainda sobra diñeiro, meu amiguiño; pois un raal hé muyto diñeiro.*

Con este cuento tan gracioso se disolvió la

Ter-

Tertulia, y todos se fueron a sus casas muy alegres, y festivos, aplaudiendo lo divertido de la noche, y al salir de la puerta nombró el señor Cura los tres mantenedores de la Asa mbléa para el dia siguiente, que fueron, el tio Mauro Pellejero, el Escribano, y el señor Medico.

FIN.

